

ESTADOS UNIDOS: IMPERIALISMO E INTERVENCION. (Fines Siglo XIX y principios del XX)

Lic. María Eugenia Brenes Castillo.

INTRODUCCION

Ubicamos esta investigación en la coyuntura mundial de fines del Siglo XIX y principios del XX que corresponde a la segunda etapa de expansión europea derivada de la segunda Revolución Industrial. Es bien conocido que el impulso primordial del movimiento colonizador de la época, así como el establecimiento de áreas de influencia de los poderes europeos, fue la búsqueda de materias primas, mano de obra barata y terminales comerciales y financieras garantizadas.

El análisis de las condiciones de este período en los Estados Unidos nos permite apreciar que después de la Depresión de 1893 se operó en ese país un gran desarrollo industrial y una economía excedentaria necesitada de competir con la carrera expansionista europea. La década de 1890-1900 en los Estados Unidos manifiesta cambios fundamentales tanto cuantitativos como cualitativos, a saber: se promueve un importante cambio de mentalidad en aras de lograr el apoyo popular a la formación de un imperio colonial ultramarino pasando de una política más o menos aislacionista a una de intervención extrahemisférica. A diferencia de la mayoría de los países europeos, en los Estados Unidos la política exterior y la doméstica estaban estrechamente enlazadas lo que justificaba plenamente la expansión territorial en razón de la necesidad de ampliar las fronteras comerciales y financieras; al menos esta fue la motivación ideológica explícita. Este proceso de expansión se llevó a cabo en el marco de una verdadera dicotomía ideológica planteada en el Gran Debate, discusión a nivel nacional entre imperialistas y anti imperialistas, aunque en rigor, la diferencia sustancial entre ambas posiciones obedeció más a la forma de llevar a cabo el pro-

ceso que a la propia política expansiva. Por otro lado, debe sopesarse la influencia de los diversos factores componentes de la vida social norteamericana que de alguna manera ejercieron influencia en los niveles de toma de decisiones: la comunidad de negocios, la religión, la opinión pública, las mentalidades, el sistema de valores, las ideologías; todos jugaron su papel dentro del proceso y desde luego cada uno también se proyectó en el debate nacional de acuerdo con sus propias circunstancias. La participación de los intelectuales —de los ideólogos de la nueva misión americana— fue definitivamente importante, en muchos casos produjo un sesgo determinante en el pensamiento y la acción de los diversos actores del momento.

Consideramos que el Destino Manifiesto tradicional, fundamentado en factores ideológicos, filosóficos y políticos, a fines del siglo XIX se enriqueció con una óptica funanciera y comercial de gran envergadura y que la Doctrina Monroe, fundamento de la política exterior norteamericana en América Latina para evitar la presencia e intervención de los poderes europeos en la región, presentó también en esa etapa histórica un matiz importante y diferenciador de su motivación original al imponer la presencia de los Estados Unidos en América Latina no sólo para intervenir política y militarmente, sino para proteger la “vida y hacienda” de los ciudadanos estadounidenses en razón de los fuertes nexos comerciales y financieros establecidos.

No hay duda de que este movimiento expansivo de los Estados Unidos a fines del siglo XIX y principios del XX trascendió las fronteras hemisféricas y revolucionó las estructuras mundiales impuestas por los poderes económicos y políticos tradicionales, representados por las potencias europeas que tuvieron que competir no sólo con los Estados Unidos sino también con Japón.

En el marco o contexto de las relaciones internacionales, campo en el que se pretende ubicar este trabajo, actúan como actores importantes el Gobierno de los Estados Unidos, la comunidad de negocios, la prensa, los ideólogos, la opinión pública, la religión y algunos grupos de presión que en uno u otro momento tomaron parte en este juego internacional de expansión ultramarina que condujo directamente a la formación de un nuevo imperio colonial.

1. ANTECEDENTES: semblanza político-económica de los Estados Unidos en la década de los años de 1890

En el primer siglo después de la Independencia, los Estados Unidos habían logrado gran desarrollo económico interno y la expansión territorial suficiente para imponer su influencia a nivel continental. La "frontera" había alcanzado dimensiones considerables en las inmediaciones del territorio original de las Trece Colonias. Desde fines del siglo XIX se marcaron los rumbos de la nación americana y se produjo la irrupción de un nuevo poder mundial: nacía un imperio colonial ultramarino. Desde 1888 se había intensificado la búsqueda de mercados de inversión y comercio en Centro y Sur América. La última década del siglo fue testigo de una serie de acontecimientos trascendentales en la consecución de las condiciones óptimas que sentaron las bases del imperialismo:

- a. Formación de una opinión pública favorable a la expansión, que se acrisoló en el marco de la gran discusión nacional entre los ideólogos favorecedores de ese proceso expansivo y los detractores del imperialismo al estilo europeo.
- b. Problema entre Venezuela y Gran Bretaña en 1895-96 por asuntos limítrofes, que permitió a los Estados Unidos no sólo disminuir la influencia británica en América Latina, sino demostrar al mundo su participación hegemónica en la región.
- c. La Guerra Hispano-Americana de 1898 que abrió las puertas del imperialismo colonial ultramarino a los Estados Unidos.

Unos años antes el Secretario de Estado del Presidente Harrison había sostenido la idea de que el comercio sería la base del nuevo imperio en virtud de las características del desarrollo interno de los Estados Unidos de carácter excedentario.

Se imponía la necesidad de desarrollar políticas económicas adecuadas para establecer intercambio pacífico con otras naciones a nivel hemisférico y extrahemisférico.

Blaine —el mencionado Secretario de Estado— consideraba que quien diera eficiencia económica y ventajas comerciales ganaría la batalla, con lo que hacía referencia a los bien conocidos intereses británicos en el Nuevo Mundo. Para poder llevar a cabo la expansión comercial, Estados Unidos necesitaba establecer algunas bases navales y zonas de influencia y desde entonces se pensaba en Hawai, Puerto Rico, Santo Domingo, Haití, Cuba y hasta en Chimbote, en Perú. W. La Feber (1) sostiene que también Canadá era una terminal considerada en los proyectos de la época y desde luego ya se pensaba en la construcción de un canal interoceánico para efectos comerciales aprovechando la región centroamericana. En 1887 se había formado la *Maritime Canal Co.*, precisamente para la construcción de un canal por Nicaragua que permitiera la ampliación y aceleración del movimiento comercial y financiero. El Secretario Blaine justificaba su política de expansión comercial en razón de que los Estados Unidos tenía balanza comercial deficitaria con Latinoamérica. Por su parte, el Presidente McKinley —que después de 1888 tuvo que hacer frente a los problemas tarifarios con las materias primas especialmente lana y azúcar— consideraba la reciprocidad comercial como el complemento de la libertad de derechos en la importación de materias primas dedicadas a la industrialización destinada al comercio exterior; esta reciprocidad redundaría también en un mayor nivel de productividad del sector agrícola; pero a pesar de sus esfuerzos, sólo se firmaron unos pocos convenios en este sentido.

Debido a la Depresión de 1893, que se prolongó hasta 1897 aproximadamente, los sectores productivos norteamericanos estaban conscientes de la necesidad de conseguir mercados foráneos, tanto en Latinoamérica —donde la competencia con Gran Bretaña significaba un verdadero problema— como extracontinentalmente. La Depresión se había visto reforzada por la disminución de las exportaciones especialmente agrícolas a Europa, el aumento de las importaciones y la sobreproducción lo que produjo un sensible descenso de la cuantía del Tesoro Nacional. Como la crisis se agravaba, se discutió ampliamente en todos los sectores económicos y gubernamentales interesados sobre la conveniencia de mantener el respaldo monetario del oro o de la plata, o de ambos; un importante sector de la comunidad de negocios apoyaba el argumento bimetalista,

(1). La Feber, Walter. *The New Empire*, 1975: 110-112.

pero como Inglaterra no estaba de acuerdo, el Presidente Cleveland en 1893 excluyó esa posibilidad y luego se dedicó a buscar fórmulas tarifarias que permitieran la colocación de los excedentes de producción en el exterior. La industria norteamericana había alcanzado un punto en que podría ofrecer precio y calidad y el gobierno podía ayudar removiendo o bajando barreras aduanales para la importación de materias primas y buscando mercados extranjeros, aunque no precisamente coloniales, pues en un sistema de libre comercio mundial las colonias no serían importantes. Por su parte, las naciones industriales europeas reaccionaron contra el creciente peligro de la posible expansión económico-territorial de los Estados Unidos adquiriendo colonias ultramarinas e imponiendo tarifas discriminatorias para sus importaciones norteamericanas.

En 1896 republicanos y demócratas explicitaron sus programas de gobierno en la campaña electoral del momento. Los primeros, los republicanos, consideraban el control de Hawai por parte de los Estados Unidos, la construcción de un canal interoceánico por Nicaragua y el establecimiento de una base naval en las Indias Occidentales, todo con miras a formar un inmenso imperio para la expansión comercial y financiera de su país; el candidato era McKinley. Por su parte, los demócratas planteaban únicamente un respaldo a la Doctrina Monroe en sus relaciones con Latinoamérica y un apoyo moral a Cuba en su lucha por la Independencia. Triunfó McKinley la anexión de Hawai, que era motivo de discusión interna prioritaria, volvió a tomar importancia.

El reparto de China y la política de las "puertas abiertas"

Un sector de la comunidad de negocios norteamericana no había apoyado los planes de expansión imperialista de los Estados Unidos a fines del siglo XIX, no precisamente por razones de orden moral, sino porque temía que los malos vientos de las depresiones de 1870 y 1893 pudieran volver. Por 1897 la bonanza económica interna era considerable y la guerra con España podía ponerla en peligro; sin embargo, después del éxito de Dewey en la Batalla de Manila Bay, los hombres de negocios comprendieron que Filipinas era la llave de ingreso al mercado chino y a partir de ese momento no opusieron ninguna resistencia a la política imperialista de su país.

Al respecto dice J.M. Pratt⁽²⁾

“... a la luz de este amplio e intenso interés en la preservación del mercado chino, nosotros tal vez podemos entender por qué la comunidad de negocios americana, que había sido, según todas las apariencias antiguerra y anti imperialista, de súbito se había llenado de entusiasmo con las noticias de la victoria de Dewey en Manila Bay”.

Después de esta victoria, las colonias significaron una solución parcial al problema de la economía excedentaria y la necesidad de inversión de capitales. Para este fin rápidamente se organizaron terminales bancarias en las recientes adquisiciones: Hawai, Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

La política de “puertas abiertas” en China reclamada por el Secretario de Estado John Hay se fundamentó en la supremacía de la economía norteamericana, como lo señala Williams⁽³⁾

“La política de puertas abiertas fue designada para establecer las condiciones bajo las cuales el poder económico preponderante americano extendería el sistema americano a través del mundo sin las dificultades e ineficiencias del colonialismo tradicional”.

Esta política, que

“fue empleada para justificar un intento de supremacía financiera en China y Manchuria. . .”⁽⁴⁾

estaba defendiendo el derecho de todos los países al comercio con China sobre bases de igualdad. Para entenderla es necesario puntualizar, aunque brevemente, sus antecedentes.

(2). Pratt, J.W. *Expansionist of 1898*. 1964:266.

(3). Williams, W.A. “Imperial Anticolonialism”. Hollingsworth, J.R.: *American Expansion in the late Nineteenth Century*. 1968:98.

(4). Vevier, Ch. “Las Puertas Abiertas: una idea en acción”. En: *United States, Diplomacy History*. Edit. por Schooles, W.V. Vol. II 1973.

Desde principios de la década de los años 90 dos grupos de interés económico presionaron ante el Gobierno de los Estados Unidos para que tratase de lograr concesiones económicas diversas con el Gobierno chino a fin de participar, en igualdad de condiciones, de los fabulosos negocios que los poderes mundiales del momento se disputaban. Por un lado, en 1895 se había fundado la American China Development Company con el objeto de conseguir concesiones ferrocarrileras en China. Esta compañía tenía 49 accionistas entre políticos y hombres de negocios, todos de gran renombre. A pesar de las gestiones que realizó, la compañía perdió el contrato para la construcción de una línea férrea que fue concedido a un sindicato belga. Se solicitó entonces la intervención del Gobierno americano para que tratara de persuadir al Gobierno de Pekín de un cambio de actitud.

Otro grupo especial de interés fue el de los exportadores de artículos de algodón hacia China, principal mercado foráneo para ese artículo. En ese entonces Inglaterra era el mayor exportador de esos productos a China y Estados Unidos el segundo; a pesar de que su comercio era la mitad del inglés, se había aumentado en un 120 0/0 entre 1887 y 1897 en tanto que el de la Gran Bretaña había disminuído en un 14 0/0.

Estas dos empresas no eran las únicas, pero sí las más importantes y deseaban mantener y acrecentar sus intereses en aquél país. En 1897 se complicaron las cosas en China para los Estados Unidos, pues franceses, rusos y alemanes habían llegado para disfrutar de esas posibilidades; por ejemplo a Port Arthur, principal mercado para los Estados Unidos, llegaron los rusos. Como el Departamento de Estado no reaccionó, los comerciantes norteamericanos formaron un comité para velar por su seguridad e intereses y las de sus familias en China. A pesar de la presión ejercida por la comunidad de negocios y por el público norteamericano, el Gobierno no se decidía a actuar ampliamente. En 1898 sobrevino la Guerra con España y con ella se reforzó el sentimiento imperialista nacional. En ese mismo año el comité antes citado se transformó en la Asociación Americana, Asiática, prácticamente con los mismos objetivos de aquel comité y sus gestiones se hicieron sentir en Washington y en toda la nación. A principios del año siguiente los algodonereros norteamericanos le pidieron al Gobierno definirse en vista de que el mercado con el Lejano Oriente estaba a punto de perderse y por fin, en setiembre de este año se estableció

el esperado contacto Washington-Pekín y posteriormente Hay, Secretario de Estado, se puso en contacto con los poderes europeos que habrían establecido sus esferas de influencia en China. Para 1900 la política de "puertas abiertas" era una realidad, pero ese logro coincidió, casi exactamente, con la Rebelión de los Boxer.⁽⁵⁾

2. Características del movimiento: fundamentación filosófica, ideológica, grupos de presión, la opinión pública

En la introducción de la obra de J.R. Hollinsworth ⁽⁶⁾ se lee:

"Los eventos de 1898 - 99 son parte de una larga tradición de expansiones americanas y no marca una aguda quiebra con el pasado".

Desde la época de las Trece Colonias, los Estados Unidos habían logrado desarrollarse sin precedentes, sin que aún hoy se explique suficientemente el cómo y el por qué de ese desarrollo. Para tratar de entenderlo debe tenerse muy en cuenta el marco ideológico, el sistema de valores y el contexto cultural del siglo XIX. No debe exagerarse la importancia de las circunstancias internas y externas que caracterizan la coyuntura para explicar un determinado comportamiento, pero tampoco puede ponerse en tela de juicio su existencia. Fines del siglo XIX y principios del XX fue una época de expansión geopolítica de los poderes mundiales y los Estados Unidos definitivamente deseaban y necesitaban competir y superar a las potencias europeas.

Aproximadamente desde 1892 los gobiernos republicanos de los Estados Unidos habían empezado a darle una nueva interpretación al Destino Manifiesto —término que había sido acuñado por John Louis O'Sullivan unos cincuenta años antes— a fin de justificar y motivar la nueva política de expansión. La Doctrina del Destino Manifiesto incorporaba principios tales como el darwinismo, con su tesis de selección natural y el triunfo del más fuerte, elementos que fueron aprovechados por los políticos, clérigos e historiadores para

(5). Boxers: sociedad secreta xenófoba, de carácter nacionalista, en China que se levantó en armas contra los europeos en 1900. Este levantamiento fracasó.

(6). Hollingsworth, J.R. Op. cit. p. 1.

explicar y exaltar lo que ellos consideraban como su responsabilidad en el desarrollo de la sociedad humana; el determinismo geográfico, que los impulsaba a llevar la "frontera" de océano a océano y apoderarse de algunos territorios mexicanos; la idea de la democracia americana, a través de la cual los Estados Unidos se consideraban como un modelo que atraía a todas las naciones del mundo; la fecundidad superior, por la cual desarrollaron la noción de la superioridad de las naciones teutónicas, etc. Ahora, un nuevo Destino Manifiesto determina las acciones de hombres como Henry Cabot Lodge y Theodore Roosevelt, quienes desarrollaron la fundamentación teórica de la expansión incorporando aspectos económicos que condujeron a la formación de un poder político mundial que incluiría el control del comercio internacional en el Océano Pacífico. Es decir, el control era territorial, de mercados y de rutas comerciales.

W. LaFeber opina que todo este movimiento de expansión, a partir de la toma de Hawai, constituía el resultado de presiones de la comunidad de negocios de los Estados Unidos. Esto se puede apreciar en los planteamientos y las acciones de imperialistas como Maham, Lodge, Roosevelt y Beveridge, o bien, dicho de otra forma, las aspiraciones de esa comunidad se encontraban representadas en esos intelectuales.

A pesar de que la guerra con España de 1898 significaba la ampliación de los campos de inversión tanto industrial como financiero, en principio ciertos sectores de la comunidad de negocios opusieron una fuerte resistencia por temor a la competencia que podría provenir de las mismas colonias. Esta oposición inicial puede explicarse por razones diversas, entre ellas:

- a. El pánico derivado de los resultados de la depresión de 1893.
- b. La reindustrialización frenada por la cuestión de Venezuela de 1895-96 y en este último año de discusión del respaldo monetario. 1897 fue el año de apogeo industrial y el espectro de la guerra podría poner en peligro esa época de bonanza.
- c. El temor a la inflación producto de la guerra.

Sin embargo, una vez iniciado el movimiento y ante las amplias expectativas que se ofrecían, su actitud fue de franco apoyo.

En el sector público las opiniones eran diversas, aunque se sabía que la guerra era inminente. Cuando en 1898 el Congreso de los Estados Unidos aprobó la anexión de Hawai, se desató una campaña propagandística a favor de la expansión ultramarina y continental; Maham puntualizó entonces el innegable valor estratégico del Caribe y la necesidad del canal istmíco para la "preservación de la civilización occidental" y los periódicos, revistas y otros medios de comunicación jugaron un papel decisivo en la formulación de una opinión pública favorable. Era fácil apreciar en ese año un nuevo espíritu imperialista que apoyaba la guerra con España, aunque, lógicamente, también se escuchaba el clamor anti imperialista. De esta situación nos ocupamos más adelante.

La religión y el imperialismo

En 1898 la religión Protestante estaba imbuida también del mismo espíritu imperialista que animaba a la nación norteamericana. El Reverendo Josiah Strong hablaba del puro espíritu cristiano de la raza anglosajona a quien llamaba la "campana" de la Divina Providencia a la empresa misionera. Así, viendo la política expansionista como un problema moral, la oposición de las comunidades religiosas protestantes fue mucho menor que la interpuesta por la misma comunidad de negocios.

La guerra con España, por ejemplo, era una guerra por la humanidad, un instrumento de Dios para golpear el "sistema de iniquidad" y las diferentes sectas religiosas, aún la misma Iglesia Católica, acataron los dictados de la autoridad nacional. En mayo de 1898 The Christian and Missionary Alliance (7) comparaba la victoria de Dewey con las antiguas batallas del Señor en los tiempos de Joshua, David y Jehnoshaphat. El apoyo Divino era obvio. Sin embargo, otras publicaciones o actividades religiosas, aunque justificaban la "liberación" de los pueblos oprimidos, no eran partícipes de la anexión y menos aún de la explotación.

(7) Pratt, J.W. Op. cit. p. 289.

Ideólogos del Gran Debate

El proceso de expansión territorial norteamericano y su consecuencia lógica, la formación del imperio ultramarino, produjo una polémica nacional entre sus seguidores y sus detractores. Aquí vamos a puntualizar el pensamiento de los ideólogos de ambas posiciones que consideramos más representativos y de más proyección a fin de poner de manifiesto los fundamentos del Gran Debate que más adelante analizamos.

Entre los imperialistas tenemos a

ALFRED THAYER MAHAM, clamó por una gran flota mercante y un gran poder naval, un canal ístmico y la adquisición de las islas como colonias que sirvieran como bases y como puertos de entrada para la expansión del comercio exterior. Escribió "The Influence of Sea Power upon History" y otras obras que en gran parte contribuyeron a revolucionar el proceso de expansión norteamericana y a fortalecer el pensamiento imperialista ultramarino.

ALBERT BEVERIDGE, consideraba que la expansión era necesaria para el crecimiento económico de la nación y la prosperidad industrial.

THEODORE ROOSEVELT asociaba la expansión con las necesidades militares y con la misión de la "raza anglosajona".

Del grupo anti imperialista citamos a

GEORGE FRISBIE HOAR, veía la expansión como el medio de destrucción de la misión especial de América y de la expansión comercial nacional. Era Senador de Massachussets, del Partido Republicano.

EDWARD ATKINSON, creía que la expansión traería la reducción de la seguridad y la fuerza de la república americana. Se opuso a la anexión de Hawai y criticó la política americana en Venezuela durante la crisis de 1895-96. Era un admirador de la política colonial británica porque había abierto las puertas del comercio oc-

cidental en Oriente; aún más, consideraba que esa política podría ser extendida a Sur América, pero no por los Estados Unidos.

CARL SCHURZ, decía que Estados Unidos no podría gobernar sobre otros sin poner en peligro sus propias instituciones, el imperialismo destruiría lo mejor de los ideales y principios americanos. En realidad Estados Unidos, decía Schurz, no necesitaba del imperialismo para alcanzar sus metas internacionales, incluyendo el comercio.

En resumen, entre 1890 y 1914 el mundo vivió una fase de transición; antes de 1890 la "Pax Británica" habría dominado el mundo pero precisamente por esos años tres poderes más se disputaban lugares hegemónicos a nivel mundial: Alemania, Japón y Estados Unidos. La estructura tradicional de relaciones económico-políticas supranacionales fundamentada en las pautas europeas, se resquebrajaba irreversiblemente.

3. Proceso de expansión y su importancia a partir de los años de 1890

La expansión político-económica de los Estados Unidos en la década de los años 1890 tiene sus antecedentes en la Administración Pierce con Cuba y en la de Grant con Santo Domingo. La disyuntiva de la época era seguir en el aislacionismo o tomar lugar entre los grandes poderes mundiales. Estados Unidos escogió la segunda alternativa y en los últimos doce años del siglo diecinueve logró una gran expansión ultramarina. Wallace Thompson lo plantea así:

"La teoría darwiniana, los excedentes de producción, el final de la frontera, la fuerza de la imitación, el deseo de distracción de los problemas internos, el revivir de la tradición del Destino Manifiesto, pueden en combinación proveer los ingredientes para un análisis satisfactorio respecto al renacimiento del sentimiento expansionista." (8)

(8). Thompson, W. Citado por Welch, R.E. Jr. En: *Imperialist vs. anti imperialist*. 1972:32.

En los años 70-80 un movimiento imperialista envolvente en el Caribe y Hawai se había iniciado; continuó en 1889 en Samoa, 1893 en Hawai y 1895-96 la cuestión de Venezuela con Gran Bretaña había aumentado considerablemente las posibilidades de expansión de los Estados Unidos. Para los hombres de negocios y los estadistas la búsqueda de nuevos mercados era esencial a fin de mantener el crecimiento económico de la nación y en esta forma justificaron, internamente, la expansión.

En 1888 se había nombrado a Benjamín F. Tracy como Secretario de la Armada Naval; Tracy trabajó intensamente para lograr fortalecer su Unidad por lo que en 1893 ya había logrado el primer submarino y la ampliación del arsenal, luego consiguió del Senado el aumento de la flota.

“... no para la conquista sino para la defensa...”(9)

precisamente en virtud del considerable aumento de las acciones comerciales y financieras logró también ampliar las flotas tanto en el Atlántico como en el Pacífico. De paso, también podría ponerse en vigencia de nuevo la Doctrina Monroe para ampliar las posibilidades de expansión e intervención en América Latina.

Desde 1878 Estados Unidos había mostrado interés en una “coaling station” en Pago Pago, Samoa, pero fueron pocos los americanos que relacionaron a estas islas con ventajas económicas para su país, ni se percibió aquí algún viraje diplomático significativo, solamente algunos medios periodísticos como el New York Tribune y el Springfield Republican se manifestaron a favor. En las islas Samoa también tenían interés Inglaterra y Alemania, aunque desde 1889 los Estados Unidos habían logrado que Bismarck retirara sus tropas; no es de extrañar, entonces, que los nativos dividieran sus preferencias entre alemanes, ingleses y americanos lo que con relativa frecuencia ocasionó roces entre esas naciones. Ya para 1892 los Estados Unidos habían logrado alejar a los británicos de las islas convirtiéndolas así en la puerta de entrada de los norteamericanos a las Filipinas y con ello el ingreso al conflicto imperialista de la época.

Desde 1820 las relaciones de los Estados Unidos con Hawai habían sido estrechas. Se acentuaron en 1875 con el tratado de reciprocidad suscrito por ambas partes y que se refería especialmente a

(9). La Feber, W. Op. cit. p. 23.

derechos aduaneros. Con este Tratado prácticamente Hawai quedó convertido en colonia económica de los Estados Unidos; por su parte Hawai se comprometió a no permitir la presencia de ningún otro poder en su territorio. Entre 1888 y 1889 Hawai vio amenazada su producción de azúcar en virtud de la discusión y no definición tarifaria por parte del gobierno de los Estados Unidos lo que atentaba directamente contra los empresarios norteamericanos radicados en las islas, pero en 1893 la situación cambió y las exportaciones aumentaron considerablemente con lo cual Hawai pudo participar del período de prosperidad que disfrutaban los ciudadanos norteamericanos del continente. En 1890 se había instalado en su territorio la base de Pearl Harbour, cuando todavía en el Archipiélago las opiniones acerca de la posible anexión a los Estados Unidos estaban divididas.

Cuando Grover Cleveland asumió el Poder en los Estados Unidos tuvo que afrontar la crisis de 1893 por lo que el asunto de

“... Hawai tendría que esperar hasta que el episodio venezolano y la guerra con España establecieran la supremacía americana en el Hemisferio Occidental”. (10)

además de que realmente el Presidente no había estado de acuerdo con la expansión ultramarina de los Estados Unidos y por lo tanto no apoyaba la anexión de Hawai. Pero en 1896 triunfaron los republicanos con McKinley y el asunto de Hawai nuevamente entró en discusión oponiéndose fuertemente el grupo de azucareros que temía que la anexión de Hawai los podría llevar a una producción ruinosa. Por otro lado, desde Washington se pensaba en la posibilidad de que Japón decidiera invadir y tomar el archipiélago en represalia a la medida impuesta por los hawaianos de restringir el ingreso de japoneses a su territorio. Theodore Roosevelt, Asistente de Secretario de la Armada Naval —y ferviente imperialista— consideró llegado el momento de la anexión y se iniciaron las gestiones ante el Senado Americano a pesar de las protestas de Japón que el Presidente McKinley trató de aminorar con la promesa de respetar sus intereses en el Archipiélago. En el verano de 1898 por fin se aprobó la anexión surgiendo a nivel nacional una poderosa oleada propagandística a favor de la expansión, del poderío naval y del nacionalismo. El 15 de junio la Cámara de Representantes había estudiado la cuestión de

(10). *Ibidem*, p. 149.

Hawai, el 6 de julio la pasó al Senado y al día siguiente el Presidente la firmó y el 12 de agosto las islas formalmente pasaron a formar parte de la soberanía de los Estados Unidos. La toma de Hawai abrió todas las posibilidades para conseguir Puerto Rico, Filipinas, Guam y Samoa.

LA GUERRA HISPANOAMERICANA

La insurrección de Cuba contra España había comenzado en febrero de 1895; la prensa amarillista de los Estados Unidos aprovechó la coyuntura para exagerar la situación y formar una opinión pública que favoreciera la intervención "salvadora" de los Estados Unidos en Cuba a fin de lograr su independencia de España. En este sentido se destacaron los periódicos dirigidos por W.R. Hearst y L. Pulitzer. Por esos daños los Estados Unidos habían logrado sentar su poderío naval tanto en el Atlántico como en el Pacífico, situación que, unida a las ideas expansionistas de A.T. Maham, H. C. Lodge y T. Roosevelt influyeron en el Presidente McKinley a la hora de tomar la decisión de ayudar a Cuba a librarse:

"... del despotismo español, de la corrupción y la crueldad, de la inmundicia, de la enfermedad y la barbarie del General "Butcher" Weyler, de los campos de concentración, de la devastación de las haciendas, del exterminio de las familias y la violación de las mujeres. . ." (11)

La explosión del MAINE en la playa de La Habana precipitó los acontecimientos. Aunque el antecedente inmediato fue la cuestión de Cuba, en realidad los Estados Unidos estaban listos para poner a prueba su poderío naval y militar y demostrar a las potencias europeas su capacidad de competir en la carrera imperialista del momento. El 11 de abril de 1898 el Presidente McKinley envió al Congreso su mensaje de guerra; el 19 el Congreso envió a España su ultimatum y el 25 le declaró la guerra. El 1o. de mayo la flota española en Manila Bay fue destruida y con esta derrota los Estados Unidos se erigieron en un nuevo poder mundial.

(11). Osgood, R.E. "Ideals and Self Interest in Foreign Policy". In: Hollingsworth. Op. cit. p. 77.

Con el propósito de buscar soluciones adecuadas que pudiesen satisfacer las diferentes posturas nacionales y también a fin de encontrar una fórmula mediadora con España, se formó la Comisión de la Paz que se instaló en París y que incorporaba en su seno a los imperialistas, anti-imperialistas y a los moderados y, aunque no en forma unánime, al menos por mayoría se recomendó la anexión de las islas Filipinas a los Estados Unidos y como indemnización de guerra se pedía la renuncia de España a la soberanía de Cuba, el pago total de las deudas contraídas por ese país con anterioridad, la renuncia a Puerto Rico y otras islas occidentales y una isla de las Ladroneas que sería seleccionada por los Estados Unidos. El 28 de noviembre fueron aceptados esos términos y el 10 de diciembre se firmó el Tratado de Paz que permitió a los Estados Unidos tomar posesión de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam en las islas Ladroneas. El 6 de febrero el Senado ratificó ese Tratado con la oposición de 27 Senadores que no aprobaron la toma de Filipinas. De esta manera los Estados Unidos se habrían convertido en un poder imperial con posesiones en el Océano Pacífico y en el Mar Caribe. La toma de Filipinas jugó un papel de gran trascendencia pues Manila se convertiría en centro de distribución comercial y en base naval de incuestionable importancia estratégica. De esta manera Filipinas fue para los Estados Unidos lo que Hon Kong para Gran Bretaña.

4. EL GRAN DEBATE: IMPERIALISMO VS. ANTI IMPERIALISMO. COLONIALISMO VS. ANTICOLONIALISMO

Toda esta configuración imperialista de los Estados Unidos a fines del siglo XIX dio origen a una gran polémica a nivel nacional involucrando las diferentes concepciones e intereses nacionales y las diversas interpretaciones de la misión americana. Este debate desde luego, fue contextual a su época, pues el imperialismo no fue un vago movimiento económico, sino la expansión de la soberanía política americana a territorios contiguos y no contiguos y aún ultramarinos.

El Imperialismo tuvo favorecedores y detractores, se usaron argumentos como la moral y la conveniencia económica, el instrumentalismo pacífico tradicional y la adopción de formas políticas características de algunas naciones europeas. Ambos grupos estaban de acuerdo en la necesidad de colocar excedentes in-

dustriales y financieros, pero diferrán en la forma de hacerlo. Si Maham consideraba que la expansión era necesaria para mantener el poder norteamericano, Schurz asumía que América tenía que servir como faro de esperanza para los pueblos oprimidos del mundo; América significaba la paz, no el poder. Schurz fue el más romántico de todos los anti-imperialistas.

En este debate prevaleció entre los imperialistas el sentimiento de superioridad racial, aunque también los oponentes sostuvieron esa idea pero en menor escala. La campaña se prolongó durante dos años, 1898 - 1900 y durante ella cientos de ciudadanos privados y políticos prominentes denunciaron el imperialismo americano en periódicos, revistas, discursos, etc. Combatieron la adquisición de Puerto Rico, Hawai y Filipinas; organizaron alianzas y asociaciones para protestar. Formaron parte de este grupo expresidentes como Benjamin Harrison y Grover Cleveland, políticos republicanos y demócratas, reformadores y políticos independientes, líderes sindicales, hombres de negocios, abolicionistas, etc.

Charles Francis Adams, uno de los más severos críticos del movimiento expansionista, denunció a su grupo por no ofrecer alternativas al imperialismo. Cuando el Senado ratificó el Tratado de Paz que convirtió a los Estados Unidos en un poder colonial, Adams expuso su criterio acerca de cómo debían ser gobernadas esas colonias, con referencia especial a Filipinas, aduciendo igualdad de oportunidades comerciales, respeto a las instituciones tradicionales y autonomía política.

Los imperialistas creían en la formación de un imperio colonial de control gubernamental donde estaban presentes los sentimientos de prestigio y honor, los anti-imperialistas aceptaban su posición como una protesta moral centrada en las ideas de libertad y humanitarismo. En consonancia con esta posición anti-imperialista, los asiáticos, como los negros, eran inferiores y no podían ser asimilados a la vida americana. Ambos sectores eran darwinianos pues creían en la designación del hombre por la raza y en ese contexto admitían que los anglosajones estaban "destinados" a conquistar al mundo.

Los imperialistas estaban encabezados por Theodore Roosevelt y los otros por William Jennings Bryan. La polémica tuvo como trasfondo el colonialismo especialmente en el caso de Cuba y de Filipinas. Cuando Hay, el Secretario de Estado, logró abrir los mercados

chinos al comercio americano a través de la política de las "puertas abiertas" se puso fin al debate y así prácticamente se complació a todos los sectores apuntados.

En resumen, al analizar la coyuntura mundial de fines del siglo XIX y principios del XX, caracterizada entre cosas por un definitivo movimiento expansivo de los poderes europeos y de los Estados Unidos —producto de las condiciones de la Segunda Revolución Industrial y de economías excedentarias como la norteamericana— llegamos a las siguientes conclusiones:

1. Después de la depresión de 1893 Estados Unidos entró en una etapa de bonanza económica y sobreproducción que los indujo a buscar mercados foráneos para la colocación de capitales industriales, comerciales y financieros.
2. La búsqueda de mercados en el exterior se realizó por medio de una política exterior que respondía a condiciones internas excedentarias y a una política eminentemente imperialista e intervencionista con fuerte connotación de imperio colonial continental, ultramarino y extrahemisférico.
3. La fundamentación ideológica de esa expansión norteamericana descansó en la reinterpretación tanto de la Doctrina del Destino Manifiesto como la Doctrina Monroe. En cuanto a la primera, no sólo se utilizaron los aspectos tradicionales del sentir nacional de su predestinación para conquistar el mundo, sino que se agregaron ingredientes económicos de gran importancia; lo que se pretendía —y de suyo se logró— fue el dominio geopolítico y económico de algunos sectores clave para competir con los imperios tradicionales afectando de este modo las estructuras político-económicas internacionales vigentes. En cuanto a la Doctrina Monroe, se le otorgaron aspectos diferenciadores con su versión tradicional; en principio fue concebida para impedir la presencia de poderes europeos en Latinoamérica y ahora, fines del siglo XIX y principios del XX, ofrecía la posibilidad de una intervención directa de los Estados Unidos en Latinoamérica a fin de garantizar a los ciudadanos norteamericanos residentes en la región y a sus fabulosas

inversiones especialmente en el área caribeña, la protección de las rutas comerciales, de las bases navales y preferentemente del Canal de Panamá.

4. Aunque en los Estados Unidos se desarrolló un sentir nacional favorable al imperialismo y a la intervención en virtud de la activa participación de la prensa y otros medios difusores, es de notar que un fuerte grupo anti imperialista muy heterogéneo manifestó su oposición. Sin embargo, cabe señalar que el punto de discordancia entre ambas posiciones era la forma de llevar a cabo el proceso de expansión y no precisamente la implantación del imperialismo.
5. Los grupos de presión jugaron un importante papel en la toma de decisiones gubernamentales en cuanto a política exterior se refiere, entre ellos la prensa, la religión la comunidad de negocios y las mismas empresas.
6. El surgimiento de los Estados Unidos como un poder imperial ultramarino en los albores del siglo XX significó una ruptura en las concepciones vigentes en cuanto a relaciones internacionales se refiere. Hasta este momento Europa había marcado las pautas al respecto, eran los poderes imperiales europeos los que se habían repartido África y Asia bajo el amparo de la Segunda Revolución Industrial. A partir de 1898 esos mismos imperios coloniales europeos se vieron obligados a compartir y a transigir con el nuevo competidor en las rutas comerciales internacionales. Se configuró entonces una nueva estructura de poderío mundial que jugaría un papel decisivo en los eventos de 1914-18.

BIBLIOGRAFIA

Bisner, Robert L. *Twelve against Empire. The anti Imperialist. 1898-1900.* Mac Grau Hill Book Co. New York. 1971.

Ekirch, Arthur A. Jr. *Iedas, Ideals and American Diplomacy.* A History of their growth and Inderaction. Appleton-Century Grafts New York, 1966.

Hollingsworth, J.R. Editor of *American Expansion in the late Nineteenth Century. Colonialist or anticolonialist?* University of Wisconsin. London, 1968.

La Feber, Walter. *The New Empire,* Cornel University Press. 1975.

Munro, D.C. *Interventien and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921.* Princeton, University Press. Connecticut, 1964.

Pratt, Julius W. *Expansionists of 1898.* The acquisition of Hawai and the Spanish Islands. Quadrangle Paperbacks. Chicago, 1966.

Schooles, Walter V. "Los Estados Unidos, México y América Central en 1909" *Historia Mexicana.* Vol X. No. 4 (40) (Abril-Junio 1961) 613-627.

Editor: United States Diplomacy History. Vol. II. Massachusetts, 1973.

Thompson, Wallace, "The Doctrine of the Special Interest of the United States in the Region of the Caribeian Sea." *The Annals of the American Acadecy of Political and Social Science.* Vol. 132 No. 221 (July 1927). Philadelphia. 153-159.